



Jesús Palacios
Stanley G. Payne

FRANCO, MI PADRE

Testimonio de
Carmen Franco,
la hija del Caudillo

Hasta el día de hoy nunca había contado su historia. Por primera vez, Carmen Franco Polo —hija de Francisco Franco y de Carmen Polo— ha concedido, en exclusiva, una serie de entrevistas sobre su padre a los historiadores Jesús Palacios y Stanley G. Payne. Este libro es el resultado de una visión única e íntima de una de las personas más cercanas al dictador, su hija. Es el relato de la vida privada y pública del hombre que rigió los destinos de España durante casi cuarenta años.

«Yo soy su hija, pocas sombras le voy a dar. Y las luces más importantes creo que fueron elevar el nivel de vida, la seguridad social, preocuparse mucho de la gente para poder crear una clase media que hoy existe y que antes de mi padre no existía. Eso es lo más importante que consiguió».

Jesús Palacios y Stanley G. Payne se han apoyado en esta entrevista con Carmen Franco para trazar una completa biografía de su padre, la más personal de cuantas se han publicado.

*A Eduardo y Jesús,
por seguir siendo con mucho
mi mejor obra.*

JESÚS PALACIOS

*A Michael y Nancy,
por su nuevo y buen futuro.*

STANLEY G. PAYNE

Unas líneas previas

Jacques Monod, en su célebre ensayo *El azar y la necesidad*, hablaba del papel relevante en el que ambos conceptos son determinantes en la vida del ser humano, y no sólo en el campo de la biología. Una conjunción de esas características tuvo lugar durante el verano-otoño-invierno de 2007. En ocasiones, los autores de este volumen habíamos hablado de acometer un proyecto sobre Francisco Franco —la figura individual de mayor importancia en la historia de España y, también, la de más fuerte controversia— y las convulsas épocas que vivió. Franco llegó a ejercer un poder personal como nunca antes jamás lo ostentó otra persona en la historia española, aun cuando ese mismo poder llegase a tener sus propias limitaciones. En infinidad de ocasiones ha sido tratado de un modo muy simple cuando en realidad se trataba de un personaje hartamente complejo, por lo que entendíamos que resultaba imprescindible abordar todo ese conjunto de complejidades. Y si bien escribió mucho, no dejó redactadas ni dictadas sus memorias (que sepamos hasta ahora) ni tampoco su familia ha escrito demasiado, salvo alguna excepción, y hablado bastante menos, hasta este instante. De ahí la enorme importancia y trascendencia del testimonio de su hija, Carmen Franco Polo, que ofrecemos en esta obra.

Uno de los autores, Jesús Palacios, a través de un amigo común, el doctor Antonio Garrido Lestache, pudo entrevistarse con el hijo varón mayor de Carmen Franco, Francisco,

para plantearle nuestro deseo de recoger el testimonio de su madre. Y quién sabe si por el enigma de la coincidencia del azar y la necesidad, resultaba que la hija de Franco también mostraba su disposición para tal fin, y así se lo había encargado a Francisco Javier Lizarza, uno de los amigos más leales del otro de los autores, Stanley G Payne, para que así se lo comunicara a éste, lo que desgraciadamente Lizarza no pudo llevar a cabo al fallecer poco después. La duquesa de Franco, después de más de tres décadas de mantener un estricto silencio y una prudente reserva, había llegado al convencimiento de la necesidad de dejar su testimonio directo, grabado en imagen y sonido, en torno a sus padres, Francisco Franco y Carmen Polo y, especialmente, sobre la personalidad de su progenitor y de los hechos acaecidos a lo largo de su existencia vivida junto a él. Para ello contaba con la colaboración del director y realizador Philip Selkirk, de Selkirk-Heimann Productions (Alemania), en el aspecto técnico, y cuyo proyecto, quizá en un tiempo, sea realizar una película o documental para televisión y, de otro, con los autores de esta obra, encargados de preparar y ordenar de modo coherente un ciclo de entrevistas para la edición del presente volumen.

Preparamos un exhaustivo cuestionario de más de quinientas preguntas sobre todos los aspectos que pudieran tener un interés relevante personal, social, político y público de la vida, la figura y la obra de Franco; y debemos decir que la duquesa de Franco no suprimió ni obvió ni una sola de ellas, y que habló con toda naturalidad sobre las cuestiones más delicadas, difíciles o comprometedoras. Que soportó pacientemente las largas sesiones de grabación, mostrándose de forma sencilla, espontánea y simpática. Que tampoco nos pidió revisar el contenido de sus declaraciones ni que debíamos mostrárselas previamente ni conocer con antelación nuestro trabajo ni su destino. Por todas estas razones, los autores mostramos nuestro agrade-

cimiento por su confianza, cooperación y generosidad, que tan fundamentales han resultado.

Carmen Franco, que naturalmente defendió la memoria de su padre con firmeza y seguridad, como no podía ser de otro modo, es una mujer desconocida para los españoles, de la que en muchas ocasiones se ha hablado de forma frívola o superficial, y más por hechos tangenciales que han rodeado su vida que por ella misma, confundiéndose en no pocas ocasiones inteligencia y prudencia con banalidad y simpleza. De ahí que este testimonio pueda ser una buena oportunidad para que llegue a ser mejor conocida, de forma más profunda y general, sin estereotipos ni clichés *ad nauseam*.. A los autores, su testimonio nos ha proporcionado la oportunidad de preparar y presentar una semblanza nueva de Franco, lo que resulta especialmente importante y oportuno en unos momentos en los que rebrotan nuevas y viejas polémicas sobre su época y su figura, resucitadas para la confrontación política (que no para el debate de la historia) a través de leyes de la memoria y de iniciativas judiciales tan disparatadas y aberrantes como peligrosas.

Esta obra se presenta desde una perspectiva totalmente nueva e inédita, algo no acostumbrado en la historiografía española, embarcada generalmente en la denuncia o la hagiografía. Y este libro no es ni lo uno ni lo otro, sino un trabajo diferente que presenta un testimonio directo de quien entre todas las personas vivas mejor lo conoció: su hija. El propósito de los autores es presentar una nueva semblanza que, por encima de todo, sea objetiva; ni pro ni antifranquista. Y por esta razón es nueva y original. Una semblanza que creemos especialmente importante y necesaria en este momento.

Debemos agradecer su colaboración a Cristina Llorente, Jorge Guzmán y Eduardo Palacios, por el esfuerzo realizado en la transcripción de las grabaciones, y a quienes en La Esfera de los Libros han dado forma a este original, que re-

presentada en su editora, Ymelda Navajo, lo acogió con tanto entusiasmo.

JESÚS PALACIOS
STANLEY G. PAYNE

PRIMERA PARTE
TESTIMONIO DE CARMEN FRANCO

El niño, el cadete, el general (1892-1936)

«Recuerdo a mi padre en el coche. Cuando yo era pequeña viajaba con mis padres, antes de nuestra guerra. Y los recuerdo en el coche cantando, porque a mi padre le gustaba mucho cantar Cantaba zarzuela. Ésa es la primera cosa que he recordado de él, porque luego, ya no sé... En Palma de Mallorca, cuando estuvo de comandante militar... Me acuerdo también de él allí, en varias ocasiones... Le gustaba cantaren los viajes, los viajes debían de ser muy pesados en aquella época. Íbamos a Asturias a veranear y, claro, los viajes siempre eran largos. Y mi padre era el que conducía, pero no le gustaba cantaren casa, en casa nunca. Yo creo que lo hacía para distraerse».

Así se expresa Carmen Franco, duquesa de Franco, al decidirse a dar su testimonio sobre su padre después de una dilatada vida de prudente silencio y serena reserva. Hace unas semanas que cumplió los 82 años, la misma edad que tenía su padre cuando falleció aquella madrugada del 20 de noviembre de 1975. Después de treinta y tres años de estricto silencio, abre el archivo de su memoria, que se conserva fresco, ágil y dinámico, y rememora las vivencias que tuvo junto a su padre, a sus padres. Los primeros recuerdos infantiles están llenos de imágenes personales.

«Como padre era muy bueno, pero no se ocupaba mucho de mí, porque al ser yo mujer de mi educación estaba siempre mucho más pendiente mi madre que él. Es una cosa un poco de la época. Pero así era... El núcleo familiar éramos mamá, él y yo». Madre, padre e hija mantenían, pues, una existencia familiar que sólo se alteraba al calor

de los acontecimientos: «Si había algo importante de la patria o así, a nosotras nos dejaba muy en segundo plano, pero si no era algo relacionado con España o una guerra o una cosa similar, era muy familiar».

Carmen no recuerda que durante su infancia su padre jugara con ella, lo cual no quiere decir que no la prestara atención. «Sí que me contaba historias, le gustaba contar historias, eso sí, pero jugar, lo que se dice jugar, no».

Al parecer, en la medida de lo posible, esa cercanía de los tres, del núcleo familiar elemental, se mantuvo muchos años después, incluso cuando la hija de Generalísimo ya tenía formada su propia familia, aunque las circunstancias hacían que las cosas fuesen muy distintas: «Lo que yo hacía más era cazar e ir a almorzar a El Pardo, porque cuando me casé me vine a vivir a Madrid, y desde entonces cuando le podía ver era a la hora del almuerzo. Comía con mis padres, pero siempre almorzábamos con dos ayudantes: el de entrada y el de salida, y las conversaciones eran un poco banales, nunca eran, así, muy interesantes».

De niño a cadete... con mosquetón de madera

A Carmen su padre no le habló mucho de la época en que era niño en El Ferrol, un muchacho de clase media que no podía imaginar que durante décadas aquella ciudad acabaría llevando su más famoso apodo oficial en el nombre: El Ferrol del Caudillo.

«La niñez de la época de mi padre decían que era muy divertida, porque Ferrol es un pueblo, una ciudad pequeña, una ciudad de marinos, y de marineros también. Entonces a los chiquillos, como a mi padre de niño, les gustaba mucho ir a puerto a oír historias que contaban los marineros. Había marineros que habían estado en Cuba y sus historias les gustaban a ellos. Era lo que más les gustaba; la calle... la calle y el puerto». Pero a Franco no le gustaba ha-

blar de su niñez familiar: «No, mucho no, si le preguntabas algo te contestaba, pero no era la época de su vida que recordaba con más afecto».

Por el contrario, no parece que el general tuviera problemas en hablar de las generaciones anteriores.

«Bueno, de su abuelo por parte de madre, que fue almirante, era general de la Marina y se llamaba Bahamonde, como mi abuela, de ése sí recordaba alguna cosa, porque vivió hasta que mi padre fue general, o sea, que tuvieron relación, y de ese abuelo sí hablaba. De él y de los Bahamonde, que eran una familia muy antigua de Galicia, cosa que no son los Franco, que vinieron de Cádiz o de por ahí cuando se organizó el puerto importante en Ferrol».

Pero, fuera cual fuese el origen remoto de los Franco, su padre se sentía muy orgulloso de sus orígenes gallegos: «Siempre tu patria chica, como decían antes, te tira, ¿no? A mi padre le gustaba mucho Galicia, mucho, por eso disfrutaba los veranos cuando iba por allí. Le gustaba mucho».

Los padres de Franco tuvieron una convivencia difícil y la ruptura del matrimonio terminó poniendo fin a la misma. El carácter de ambos era antagónico, así como su forma de ver la vida: él, un marino liberal alejado de todo sentimiento religioso, ella, conservadora y de acentuada religiosidad. En 1907 el padre de Francisco Franco, Nicolás Franco Salgado-Araujo, marino de profesión, fue destinado a Madrid, y coincidiendo con esa circunstancia se produjo la ruptura de su matrimonio y el alejamiento de sus hijos.

«Sus padres se separaron cuando destinaron a mi abuelo a Madrid. Se conoce que ya entre ellos no se debían de llevar muy bien, y mi abuela no quiso seguirle a Madrid y se quedó en Ferrol, en su casa, con sus hijos. Desde entonces permanecieron separados. Yo conocí a mi abuela, a la madre de papá. Era una señora muy chapada a la antigua, de las que tienen un reclinatorio con su nombre en la iglesia. Todos los días iba por lo menos dos veces a misa, y por la

tarde a otra ceremonia también. La abuela era profundamente religiosa».

Una madre de esas características, separada además del marido, podía influir mucho en la formación religiosa y personal de su hijo: «Sí... no sé exactamente el año que se fue el abuelo a Madrid [1907], pero debió de ser muy pronto, porque en las fotografías que hay de mi padre cuando venía con permiso de África a Ferrol, nunca está mi abuelo; o sea, debió de ser cuando papá tenía 14 o 15 años».

Por tradición familiar y por el propio ambiente general de El Ferrol, es lógico que el joven Franco quisiera hacerse marino; sin embargo, su hija precisa que no se sintió frustrado ante la imposibilidad de ingresar en la Academia de Marina: «No, yo creo que no. En aquella época todo el mundo en Ferrol quería ser marino y del "cuerpo general", como decían ellos; o sea, de los que se van, no de los de tierra, sino de los de mar. Supongo que a papá le pasaría lo mismo, pero como nada más terminar la Academia en Toledo se fue destinado a África... Lo que sí contaba que le había chocado mucho en el viaje en tren con su padre a Toledo fue ver lo seca que era España. Claro, papá estaba acostumbrado a Galicia, donde todo el paisaje es verde, con mucha agua. Nunca antes había salido de Galicia, y entrar en Castilla dijo que le impresionó inmensamente».

La estancia y formación como cadete en la Academia Militar de Toledo no le dejaría precisamente un buen sabor de boca. Su hija lo corrobora así de espontáneamente: «Siempre que hablaba de su formación en Toledo... Creo que no lo pasó demasiado bien, porque como era muy pequeño... Sí, sí, y bajo también, sí, pequeño en los dos sentidos. Papá salió de oficial a los 17 años, luego ingresó a los 14 o 15 años. Entonces, por su corta edad, no le dejaban llevar un mosquetón de verdad; el mosquetón que llevaba era de madera y eso lo sentía como una humillación horrorosa, no le gustaba nada. Eso lo contaba él. Los que eran muy altos podían tener para desfilas el mosquetón de

verdad, pero a los que eran bajitos les daban uno como de juguete...». Al decir esto esboza una sonrisa, al tiempo que comenta que, de aquellos años de academia toledana, al general Franco le gustaba más hablar de asuntos que no se referían estrictamente a su persona: «Hablaban más de sus compañeros. Mi padre siguió mucho la trayectoria de los de su promoción, de los que estaban más directamente relacionados con él, y los que eran de su época, como Camilo Alonso Vega».

Pero más allá de los mosquetones de madera, de algunos malos recuerdos personales, de lo que no cabe duda alguna es de que al joven cadete Franco le atrajo siempre la carrera de las armas.

«Creía que era una profesión muy buena, porque al individuo le dotaba de unos valores de amor a la patria, de disciplina, de obediencia, y pensaba que ahora a la gente no le gusta ser obediente para nada, pese a que incluso en la vida civil tienes que obedecer unas normas, ¿no? Pues esa formación a él le gustaba».

Patria, orden y pinchos morunos

A este apego al orden, las normas y la disciplina, el padre de Carmen sumaría su concepto nacional, de nación española, posiblemente acentuado tras la pérdida en 1898 de los últimos jirones del extinto imperio español: Cuba, Puerto Rico, Filipinas...

«Sí, su nacionalismo español, como usted dice, era bastante fuerte». La duquesa de Franco vuelve a sonreír y valora lo que Marruecos significó para su padre, después de tener que esperar un año en El Ferrol, ya de alférez, antes de ser destinado a la guarnición de Melilla: «Adoraba Marruecos. Papá, donde se hace hombre, es en la guerra de Marruecos. Su primer destino fue en Regulares, un cuerpo formado casi todo por tropas indígenas, como se llamaban

entonces, y aunque había algunos españoles, la mayoría eran marroquíes, moros, como se decía en el lenguaje vulgar, con lo cual se acostumbró mucho a la manera de ser de ellos y les tenía mucha simpatía, pese a que algunos eran contrarios a la colonización española. Pero otros eran proclives a ella, y con éstos tenía mucha amistad». Veía el islam con respeto y en armoniosa equidistancia con el catolicismo. «Tenía mucho respeto al islam. Por ejemplo, nunca fue partidario de que los miembros de la Guardia Mora que se casaban con chicas de Madrid pasaran a ser cristianos. Mi padre no era nada partidario de que cambiaran de religión, porque los marroquíes son muy "estancos", y era una complicación mezclar las dos religiones».

También valoraba otros aspectos de su cultura, incluso alguna comida, aunque la cocina, la comida en general, no era una de sus pasiones. «Mi padre, a la cocina, al comer, no le daba la menor importancia, pero sí lo hacía en algunas fechas señaladas. Cuando teníamos la Guardia Mora y se organizaba algunas veces una especie de cóctel a base de pinchitos; un pincho largo con carne de cordero muy sazonada y hecho a la brasa, eso le encantaba, le gustaba mucho. Con el tiempo, su médico de cabecera, Vicente Gil, le puso a dieta. De comidas, recuerdo que le gustaba mucho la paella; dos clases de paella, la de pescado y la de marisco. Y luego mucho el pescado. Cuando estábamos en Galicia o San Sebastián, tomaba mucho pescado, porque le gustaba mucho, más que la carne. De los postres uno que odiaba era el arroz con leche; el arroz con leche no lo tomó nunca. En El Pardo no se ponía nunca arroz con leche. Eso no le gustaba nada, pero lo demás le gustaba mucho».

Bajo palio

Franco fue un hombre religioso, desde luego tal fue su imagen pública. ¿Lo era también en la intimidad? ¿Hablaban

en familia de religión? ¿Lo hacía con su única hija?

«No, íbamos a misa juntos y eso, los domingos; pero nunca hablaba conmigo de religión cuando era pequeña. Mi madre sí, pero mi padre no». Cuando la niña creció el padre sí abordó asuntos relacionados con la religión, aunque nunca le explicara los orígenes de su propia fe: «No, le parecía que era natural. No analizaba por qué tenía fe. Pero una cosa que le preocupaba, para ser un buen cristiano, era cuánto dinero tenías que dar a los pobres. Eso lo recuerdo perfectamente, y también recuerdo que había preguntado a sacerdotes, y que le habían dicho que no sé qué santo, me parece que San Francisco de Sales, había dicho que hay que repartir tu dinero y tus rentas entre tu mujer, tus hijos y tú mismo, y que los pobres son un hijo más, que eso era lo justo. Siempre creyó que tenías que dar los diezmos —como antes decían—, que era la décima parte de lo que tuvieras, pero a él le gustaba más esto de San Francisco de Sales».

El matrimonio Franco era devoto; su madre, de misa diaria, pero su padre —al contrario de lo que se suele mantener— no iba a oír misa todos los días, como nos decía Carmen:

«Teníamos misa dentro de Palacio de El Pardo. Mi madre oía misa, me parece que a las nueve y media, todos los días, pero mi padre no iba porque a esa misma hora entraba en el despacho. Iba los domingos y las fiestas, y luego en la Cuaresma casi todos los días, época en la que había que adelantar la misa un poco. Pero nada más que se hacía en Cuaresma».

La estampa del Caudillo entrando a las iglesias bajo palio, rodeado de pompa civil, militar y eclesiástica, ha sido esgrimida mil veces como prueba de cargo en las acusaciones hechas a la Iglesia de complicidad con su régimen. La duquesa aclara lo que significaba para su padre entrar en los templos bajo palio: «Eso era una vieja costumbre que había en España con los reyes. Y empezaron a hacer o